



*“Él quiere tu vida
para regalarte la **Suya**”*
(Edith Stein)

HNA ÁGUEDA DE JESÚS

Collado Emo

Carmelita Descalza

* 20 de abril de 1933

+ 22 de agosto de 2021

¿Cómo no quitarnos las sandalias ante la tierra sagrada del hermano? En realidad ¿qué podemos saber de lo que pasa en lo más profundo de una persona? Lo más se nos escapa... Pero queremos compartir con vosotros algunas pinceladas de lo que hemos conocido en nuestra hermana Águeda para que os unáis a nuestra acción de gracias a Dios por su vida.

Nació en el año 1933 en Onda (Castellón). Vivió con mucha gratitud el regalo de su familia, sus padres, José María y Conchita, y su hermano, José Luis. Nos contaba su prima que, cuando era niña, decían de Aguedita que era muy buena. Su infancia y adolescencia transcurrió en Almería. En Madrid hizo sus estudios universitarios y en Valladolid empezó a ejercer como profesora de matemáticas en un instituto. Más tarde se estableció en Valencia, donde siguió ejerciendo hasta su jubilación. Dios la había dotado de una gran inteligencia.

Fue en Valencia donde en el año 1974 inició su andadura en el Camino Neocatecumenal en la Parroquia de Santo Tomás Apóstol. Sirvió a la Iglesia trabajando intensamente como miembro de un equipo de catequistas. Eso le llevó a tener trato personal con muchísimas personas. La Hna Águeda tenía un carisma especial para la acogida. Estaba siempre abierta a escuchar a los que necesitaban su sabiduría y discernimiento. Hacía fácil la confianza, comprendía bien de qué le hablaban y podía dar una palabra acertada. Muchas personas han disfrutado de esta faceta suya también cuando Águeda entró en el Carmelo y mientras su salud se lo permitió. Dios la bendijo con el don del entendimiento y de la sabiduría.

Cuando le llegó la jubilación se sintió llamada a ponerse totalmente a disposición de la Iglesia, lo que la llevó a Rusia como misionera. Allí estuvo sirviendo durante cinco años.



Mientras tanto, en el corazón se avivaba el deseo de una entrega mayor, de mayor fecundidad para la Iglesia. Ella había estado participando durante años en Segovia en cursos del P. Federico Ruiz sobre san Juan de la Cruz, a quien ella quería mucho, y del P. Secundino Castro, sobre santa Teresa de Jesús. De esa familiaridad con la espiritualidad del Carmelo se sirvió Dios para llamarla a la vida religiosa contemplativa.

De la mano de Edith Stein, a quien cariñosamente llamaba su madrina, el 9 de agosto de 1999 vino a hacer una experiencia entre nosotras. Entró en nuestro Carmelo el 14 de octubre del mismo año, para poder celebrar ya con la comunidad la solemnidad de nuestra Santa Madre. Profesó el 28 de abril de 2001.

Las hermanas supieron reconocer su capacidad y desde muy pronto sirvió a la comunidad como formadora, y como consejera. También en el turno: era muy afable y paciente; no era fácil verla enfadada.

Además se ocupó durante muchos años de escribir el *Rincón carmelitano*, una columna en la *Hoja Parroquial*, en la que compartimos nuestra espiritualidad y los acontecimientos más significativos de nuestra comunidad. Era muy divertido verla, a sus ochenta años, investigando con el ordenador, buscando la forma de resolver las dificultades que se le presentaban.

La edad avanzada y la enfermedad la fueron llevando a una situación nueva, de limitación, de dependencia creciente, de empobrecimiento, que ella afrontó desde una gran lucidez. Fue un verdadero proceso espiritual de purificación, de palpar una pobreza personal muy fuerte.

En todo este tiempo fue compañera imprescindible santa Teresita: “Lo que agrada a Dios en mi pobre alma es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia”. Y “La confianza y nada más que la confianza puede conducirnos al amor”.

Le decía una hermana: “Ahora está Dios haciendo contigo la mayor obra, como con Jesús en la cruz...” El sentido de la fecundidad de una vida del todo puesta en las manos de Dios era muy fuerte: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo, pero si muere da mucho fruto” (Jn 12, 24). Era conmovedor compartir con ella la oración y escucharle pedir a Dios por la Iglesia, por los sacerdotes, por la conversión de los pecadores, por las necesidades de su familia, por sus hermanos de la comunidad neocatecumenal de Valencia, por la personas que se confiaban a su oración, por cada hermana de nuestra comunidad...

En este tiempo llamaba mucho la atención su gratitud: tenía en mucho cada gesto para con ella. Y también verla salir de sí misma, abierta a las personas que estábamos con ella. Veías que ella ya no podía más, y no sabes cómo, sacaba fuerzas para preguntarte y estar atenta a lo tuyo, para reírte una ocurrencia o para gastarte una broma y sacarte una sonrisa. Tenía motivos más que suficientes para estar mal, taciturna o ensimismada, y sin embargo, aunque expresaba cómo se sentía y lo que le suponían las cosas, no se quedaba dándose vueltas, reaccionaba y se sobreponía. Su presencia transmitía paz.

La Hna Águeda había sido siempre una mujer serena, pacífica y pacificadora. Era humilde y sencilla en el trato; más bien callada, no se hacía notar, y al mismo tiempo tenía un gran sentido del humor, que ponía a disposición de las hermanas cuando le dábamos lugar. También estaba pronta para participar con agrado en las representaciones teatrales que, por Navidad o para festejar algún acontecimiento de las hermanas, solemos preparar.



Para ella la fraternidad, el compartir con las hermanas, era algo muy importante. Prestaba atención, estaba de verdad presente escuchando, acogiendo y guardando en el corazón. En el tiempo último en que ya no podía participar en los actos comunitarios, tenía en mucho las visitas de las hermanas. Le gustaba que la pusiéramos al corriente de lo que estábamos viviendo, de las cosas que pasaban. Acogía con agrado y hacía suyas las intenciones de oración que le confiábamos.

Y aunque acumulaba años, su espíritu se mantenía joven. Cuando desde la Orden o desde la CIVCSVA se nos interpelaba en nuestra forma de vivir (Conferencias del P. Saverio o la publicación de la *Vultum Dei Quaerere*, por ejemplo), ella se dejaba interpelar y se preguntaba: ¿Qué significa ese “ir siempre de bien en mejor” en este momento nuestro? En su corazón vivió en búsqueda, con deseo de conversión, de querer ser fiel al carisma recibido.

En el estado de gravedad en que se encontraba, llegó un momento en que la situación se complicó, los pulmones quedaron encharcados de forma irreversible, el corazón muy débil, y ya no cabía esperar más que el desenlace.

Estuvimos acompañándola, a ratos en silencio, a ratos susurrándole algún canto en el oído o alguna oración, en momentos leyéndole la Palabra de Dios, tan querida para ella, o rezando en

comunidad junto a ella. Iba apagándose poco a poco, hasta que llegó el momento final de su vida aquí en la tierra. Vivimos ese momento con agradecimiento. Ella ya hacía tiempo que lo deseaba. El Señor, que sabía lo que había estado haciendo -en ella y a través de ella- todo este tiempo penoso de la enfermedad, quiso llevársela.

En el funeral participaron numerosos sacerdotes, amigos de la comunidad. Presidió D. Ramón Crespo, párroco de Santo Tomás Apóstol, y animó la celebración con sus cantos su comunidad neocatecumenal. Predicó la homilía el P. José Carlos Gimeno ocd, nuestro confesor desde hace muchos años. En su homilía, que también era una invitación a dar gracias a Dios por el regalo de la vida de nuestra hermana, decía que la Hna Águeda había sido toda su vida una mujer de Iglesia, y que había sido una buena monja en el Carmelo. Destacó ese proceso de noche oscura que vivió el último tiempo, que él, como confesor, había acompañado, y que la disponía para la unión de amor con su Esposo Cristo.

Durante la parálisis en la que se encontraba, nos decía que soñaba con hacer gimnasia, con poder moverse. ¡Águeda, ya estás liberada de todas tus parálisis, las de fuera y las que aún te dolían más, las de adentro...! Ahora ya, anchura sin límites, juventud eterna, posibilidad de cantar y danzar para Dios con una agilidad insólita, entre los ángeles y los santos, y, sobre todo, posibilidad de acoger del todo y de darte del todo...

Nos da mucha alegría lo que escribía el Papa Benedicto XVI de que el amor puede llegar hasta el más allá, que es posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros más allá del confin de la muerte (cf. *Spe Salvi* 48). Sí, es una alegría sabernos en comunión, saber que el amor traspasa la frontera de la muerte.

¡Muchas gracias, hermana, por el regalo que tú eres! ¡Pide mucho por todos nosotros!

Carmelitas de Villar
Setiembre de 2021.

